



CASSANDRA CLARE

La Reina del Aire y la Oscuridad

CAZADORES DE SOMBRAS
RENACIMIENTO

DESTINO

LIBRO 3

LA ISLA DEL TIEMPO

CAZADORES DE SOMBRAS: RENACIMIENTO

LA REINA DEL AIRE
Y LA OSCURIDAD

Cassandra Clare

Traducción de Patricia Nunes

DESTINO

Clare, Cassandra

La reina del aire y la oscuridad : renacimiento : libro 3 / Cassandra Clare. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Destino, 2019.
848 p. ; 21 x 15 cm.

Traducción de: Patricia Nunes.
ISBN 978-950-732-476-5

1. Narrativa Juvenil Estadounidense. 2. Literatura Fantástica. I. Nunes, Patricia, trad.
II. Título.
CDD 813.9283

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *THE DARK ARTIFICES #3: QUEEN OF AIR AND DARKNESS*

© Cassandra Clare, LLC, 2018

Publicado originalmente en Estados Unidos por Margaret K. McElderry Books, un sello editorial de Simon & Schuster Children's Publishing Division

Publicado mediante acuerdo con Baror International, INC, Armonk, New York, U.S.A.

© de la traducción: Patricia Nunes, 2019

Todos los derechos reservados

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Destino®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: junio de 2019
5.000 ejemplares

ISBN 978-950-732-476-5

Impreso en Gráfica TXT S.A.,
Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de abril de 2019

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

LA MUERTE MIRA HACIA ABAJO

Había sangre sobre el estrado del Consejo, sangre sobre los escalones, sangre en las paredes, el suelo y los restos destrozados de la Espada Mortal. Más tarde, Emma lo recordaría como una especie de neblina roja. Unos versos le daban vueltas en la cabeza, algo sobre no ser capaz de imaginar que la gente tuviera tanta sangre.

Se decía que la impresión amortiguaba los grandes golpes, pero Emma no sentía ninguna amortiguación. Podía verlo y oírlo todo: el Salón del Consejo lleno de guardias, los gritos. Intentó abrirse paso hasta Julian. Los guardias se iban alzando ante ella como una ola. Oyó más gritos: «¡Emma Carstairs ha roto la Espada Mortal! ¡Ha destrozado un Instrumento Mortal! Arréstenla!».

No le importaba lo que le hicieran; tenía que llegar hasta Julian. Este seguía en el suelo con Livvy en brazos, resistiéndose a todos los esfuerzos de los guardias por arrebatarle el cadáver de la pequeña.

—Déjeme pasar —insistía Emma—. Soy su *parabatai*, déjeme pasar.

—Dame la espada. —Era la voz de la Cónsul—. Dame a *Cortana*, Emma, y podrás ayudar a Julian.

Ella ahogó un grito y notó el sabor de la sangre en la boca. Alec se hallaba en el estrado, arrodillado ante el cadáver de su padre. El salón era una masa de gente que corría de un lado a otro; entre ellos, Emma vislumbró a Mark, que sacaba de la sala a un inconsciente Ty,

empujando a los otros nefilim para abrirse paso. Parecía más serio de lo que Emma lo había visto nunca. Kit iba con él. ¿Dónde estaba Dru? Allí, sola en el suelo. No, Diana estaba con ella, abrazándola y llorando, y luego estaba Helen, que luchaba por llegar al estrado.

Emma dio un paso atrás y casi se cayó. El suelo de madera estaba resbaladizo por la sangre. La Cónsul Jia Penhallow seguía ante ella, con la delicada mano tendida hacia *Cortana*. *Cortana*. La espada era parte de la familia de Emma, había estado en su vida desde que tenía uso de razón. Aún recordaba a Julian poniéndosela entre los brazos después de la muerte de sus padres, y de cómo la había aferrado contra sí como si fuera un niño, sin importarle el profundo corte que la hoja le dejaba en el brazo.

Jia le estaba pidiendo que le entregara una parte de sí misma.

Pero Julian estaba allí, solo, vencido por el dolor, empapado en sangre. Y él era aún más parte de ella que la propia *Cortana*. Emma rindió la espada; y al notar que se la sacaban de la mano se le tensó todo el cuerpo. Casi le pareció oír gritar a *Cortana* al ser separada de ella.

—Ve —dijo Jia. Emma oyó otras voces, incluida la de Horace Dearborn, que se alzaban exigiendo que la detuvieran, que la destrucción de la Espada Mortal y la desaparición de Annabel Blackthorn no debían quedar sin castigo. Jia lanzaba secas órdenes a los guardias, diciéndoles que sacaran a todo el mundo del salón: ese era un momento para el dolor, no para la venganza; encontrarían a Annabel... «Sal con dignidad, Horace, o haré que te echen. Ahora no es el momento.» Aline ayudaba a Dru y a Diana a ponerse en pie, las ayudaba a salir de la estancia...

Emma se dejó caer de rodillas junto a Julian. El olor metálico de la sangre lo llenaba todo. Livvy era una forma desmadejada entre sus brazos; su piel tenía el color de la leche desnatada. Julian había dejado de llamarla y pedirle que regresara, y la estaba meciendo como si fuera un bebé, con la barbilla apoyada en la coronilla de la niña.

—Jules —susurró Emma, pero la palabra le supo amarga en la boca: ese era el nombre que le había dado de pequeños, y él ya era un adulto, sufriendo por un familiar. Livvy no solo había sido su her-

mana; durante años la había criado como a una hija—. Julian. —Le acarició la fría mejilla y luego la de Livvy, aún más fría—. Julian, amor, por favor, déjame ayudarte...

Lentamente, él alzó la cabeza. Parecía que alguien le hubiera tirado un cubo de sangre por encima. Le cubría el pecho y el cuello, y le salpicaba la barbilla y las mejillas.

—Emma. —Su voz no era más que un susurro—. Emma, he dibujado tantos *iratzes*...

Pero Livvy ya había muerto antes de tocar el suelo de madera del estrado. Ninguna runa ni *irate* hubiera podido ayudarla.

—¡Jules! —Por fin Helen se había colado entre los guardias; se dejó caer junto a Emma y Julian, sin pensar en la sangre. Emma observó anonadada a Helen arrancar el trozo roto de la Espada Mortal del cuerpo de Livvy y dejarlo en el suelo. Le manchó las manos de sangre. Con los labios blancos por el pesar, rodeó a Julian y a Livvy con los brazos, mientras susurraba palabras tranquilizadoras.

El salón se vaciaba a su alrededor. Magnus había entrado; estaba muy pálido y caminaba lentamente. Subió al estrado, y Alec, al verlo, se levantó y se tiró a sus brazos. Se abrazaron en silencio mientras cuatro Hermanos se arrodillaban y alzaban el cadáver de Robert Lightwood. Le habían colocado las manos sobre el pecho y cerrado los ojos. Suaves murmullos de «*ave atque vale, Robert Lightwood*» fueron resonando tras él mientras los Hermanos lo sacaban del salón.

La Cónsul se acercó a Julian, acompañada de varios guardias. Los Hermanos Silenciosos flotaron tras ellos, como fantasmas; formas apergaminadas.

—Tienes que dejarla ir, Jules —dijo Helen con voz muy tierna—. Tienen que llevarla a la Ciudad Silenciosa.

Julian miró a Emma. Sus ojos eran tan duros como un cielo de verano, pero Emma supo leerlos.

—Dejen que lo haga él —pidió Emma—. Quiere ser la última persona que transporte a Livvy.

Helen le acarició el pelo a su hermano y lo besó en la frente antes de alzarse.

—Jia, por favor —suplicó.

La Cónsul asintió. Julian se puso en pie lentamente con Livvy entre los brazos, y avanzó hacia la escalera que descendía del estrado; Helen iba a su lado y los seguían los Hermanos Silenciosos, pero cuando Emma también se levantó, Jia alzó la mano para detenerla.

—Solo la familia, Emma —le dijo.

«Soy de la familia. Déjame ir con ellos. Déjame ir con Livvy», gritó Emma en silencio, pero mantuvo la boca cerrada con fuerza: no podía añadir su propia pena al horror existente. Y las reglas de la Ciudad Silenciosa eran inamovibles. La Ley es dura, pero es la Ley.

La pequeña procesión iba hacia la puerta. La Cohorte se había marchado, pero aún quedaban algunos guardias y otros cazadores de sombras por la estancia: un suave coro de «*ave atque vale*, Livia Blackthorn» la fue siguiendo.

La Cónsul se volvió, con *Cortana* destellándole en la mano, bajó los escalones y se acercó a Aline, que había estado observando cómo se llevaban a Livvy. Emma comenzó a temblar, un temblor que le llegaba desde lo más profundo. Nunca se había sentido tan sola: Julian se alejaba de ella, y los otros Blackthorn parecían estar a millones de kilómetros de distancia, como estrellas lejanas. Deseó tener a sus padres junto a ella con un dolorosa intensidad que casi le resultaba humillante, y quería ver a Jem y quería volver a tener a *Cortana* entre las manos y quería olvidar a Livvy sangrando y muriendo, desmadejada como una muñeca rota, mientras el ventanal del Salón del Consejo estallaba y la corona rota se llevaba a Annabel. ¿Lo habría visto alguien, aparte de ella?

—Emma. —Unos brazos la rodearon, familiares y cariñosos, alzándola del suelo. Era Cristina, que debía de haber estado esperándola en medio de todo el caos, que había permanecido obstinadamente en el salón mientras los guardias gritaban que salieran todos, que se había quedado para estar junto a Emma—. Emma, ven conmigo, no te quedes aquí. Yo me ocuparé de ti. Sé adónde podemos ir. Emma. *Corazoncita*. Ven conmigo.

Emma dejó que Cristina la levantase. Magnus y Alec iban hacia ellas. Este último tenía el rostro tenso y los ojos rojos. Emma, con su mano en la de Cristina, recorrió el salón con la mirada, y le pareció un lugar totalmente diferente de aquel al que habían llegado hacía

unas horas. Quizá porque antes brillaba el sol, pensó Emma, mientras oía vagamente que Magnus y Alec hablaban con Cristina sobre llevarla a una casa que habían reservado para los Blackthorn. Tal vez fuera porque el salón se había oscurecido y las sombras en los rincones eran tan espesas como capas de pintura.

O podría ser porque todo había cambiado. Quizá porque nada volvería a ser como antes.

—¿Dru? —Helen golpeó suavemente la puerta cerrada de la habitación—. Dru, ¿puedo hablar contigo?

Estaba bastante segura de que era la habitación de Dru. La casa del canal, junto a la residencia de la Cónsul, en la calle Princewater, se había preparado para los Blackthorn antes de la reunión, ya que todos habían supuesto que pasarían varias noches en Idris. A Helen y Aline se la había enseñado Diana antes, y Helen se había fijado en que el toque de las cariñosas manos de ella se notaba por todas partes. Había flores en la cocina, y las habitaciones tenían los nombres pegados en la puerta: la de las dos camas pequeñas para los mellizos, y la de Tavvy, llena de libros y juguetes, que Diana había llevado allí desde su propia casa, encima de la tienda de armas.

Helen se había detenido en una pequeña habitación con las paredes forradas de papel de flores.

—Para Dru, ¿no? —preguntó—. Es bonita.

Diana no le había parecido muy convencida.

—Oh, Dru no es así —replicó—. Quizá si el papel tuviera murciélagos, o esqueletos...

Helen hizo una mueca.

Aline le tomó la mano.

—No te preocupes —le susurró—. No tardarás en volver a recuperar su cariño. Será pan comido.

Y tal vez lo hubiera sido, pensó Helen, mirando la puerta donde ponía DRUSILLA. Quizá, si todo hubiera ido bien. Una punzada de dolor le atravesó el pecho; se sentía como imaginaba que lo haría un pez atrapado en un anzuelo, retorciéndose y sacudiéndose para alejarse del intenso dolor que se le clavaba en la carne.

Recordó el dolor por la muerte de su padre, cuando solo la idea de que tendría que hacerse cargo de la familia, de que tenía que cuidar de los niños, consiguió que siguiera adelante. En ese momento estaba tratando de hacer lo mismo, pero era evidente que los niños (y lo cierto era que ya tampoco podía llamarlos niños; solo Tavvy seguía siendo un niño, y este se hallaba en la casa del Inquisidor, y por suerte se había perdido todo el horror del Salón del Consejo) se sentían incómodos con ella. Como si fuera una desconocida.

Esto solo acrecentaba el dolor que sentía en el pecho. Deseó que Aline se hallara con ella, pero se había ido para estar unas horas con sus padres.

—Dru —insistió Helen, mientras llamaba con más fuerza—. Por favor, déjame entrar.

La puerta se abrió de golpe y Helen tuvo que echar rápidamente la mano hacia atrás para no golpear a Dru en el hombro. Su hermana se hallaba frente a ella, mirándola enfadada con su atuendo para la reunión, negro y demasiado estrecho en las caderas y el pecho. Tenía los ojos tan rojos que parecía haberse pintado los párpados con carmín.

—Ya sé que quizá quieras estar sola —comenzó Helen—, pero tengo que saber si estás...

—¿Bien? —completó Dru, bastante seca. La insinuación era evidente: «¿Cómo voy a estar bien?».

—Sobreviviendo.

Por un momento, Dru miró hacia otro lado; los labios, muy apretados, le temblaban. Helen deseaba con todas sus fuerzas abrazar a su hermana, acurrucarla contra sí como había hecho años atrás cuando Dru era un bebé obstinado.

—Quiero saber cómo está Ty.

—Dormido —contestó Helen—. Los Hermanos Silenciosos le han dado una poción sedante, y Mark está con él. ¿Quieres ir con él tú también?

—Yo... —Dru vaciló, mientras que Helen deseaba que se le ocurriera algo tranquilizador que decirle de Ty. La aterrorizaba pensar en lo que pasaría cuando este despertara. Se había desmayado en el Salón del Consejo, y Mark lo había llevado a los Hermanos, que ya se

hallaban en el Gard. Lo habían examinado en un silencio ominoso afirmando que psicológicamente estaba bien, pero que le iban a dar unas hierbas que lo mantendrían dormido. Que, a veces, la mente sabía cuándo necesitaba desconectar para prepararse para sanar. Aunque Helen no acababa de comprender cómo una noche de sueño, o incluso un año entero, iba a preparar a Ty para afrontar la muerte de su melliza.

—Quiero que venga Jules —dijo Dru finalmente—. ¿Está aquí?

—No —contestó Helen—. Sigue con Livvy. En la Ciudad Silenciosa. —Hubiera querido decirle que estaría de vuelta en cualquier momento, porque Aline le había dicho que la ceremonia de colocar a alguien en la Ciudad como preparación para la cremación era corta, pero no quería decirle nada a Dru que pudiera resultar falso.

—¿Y Emma? —Dru hablaba con cortesía, pero el mensaje era claro: «Quiero a la gente que conozco, no a ti».

—Iré a buscarla —repuso Helen.

Casi ni había dado la espalda a la puerta cuando esta se cerró tras ella con un clic muy contundente. Helen parpadeó para contener las lágrimas, y vio a Mark en el pasillo, a unos cuantos pasos de ella. Se le había acercado con tanto sigilo que no lo había oído. Llevaba un trozo de papel arrugado en la mano, que parecía ser un mensaje de fuego.

—Helen —dijo, y su voz era áspera. Después de los años pasados en la Cacería, ¿sufriría como sufrían las hadas? Parecía desmadejado, cansado: tenía unas arrugas muy humanas bajo los ojos y en la comisura de la boca—. Ty no está solo; Diana y Kit están con él, y además, sigue durmiendo. Tengo que hablar contigo.

—Tengo que ir a buscar a Emma —respondió Helen—. Dru quiere que vaya.

—Su habitación está justo aquí; podemos ir a buscarla antes de irnos —dijo Mark, mientras señalaba al otro extremo del pasillo. La casa tenía paneles de madera color miel en las paredes y había luces mágicas que la iluminaban con calidez; cualquier otro día habría sido un lugar bonito.

—¿Irnos? —preguntó Helen, confusa.

—He recibido un mensaje de Magnus y Alec desde la casa del Inquisidor. Debo ir a buscar a Tavvy y decirle que nuestra hermana

ha muerto. —Mark le tendió la mano, con el rostro transido de dolor—. Por favor, Helen, ven conmigo.

Cuando Diana era joven, había visitado un museo en Londres en el que la principal atracción era una Bella Durmiente de cera. Tenía la piel como sebo blanco, y el pecho le subía y bajaba al «respirar» con la ayuda de un pequeño motor implantado en el cuerpo.

Algo en la inmovilidad y la palidez de Ty le recordaban a esa chica de cera. Ty yacía parcialmente cubierto por las mantas de la cama, su único movimiento era el de la respiración. Las manos le colgaban abiertas a los lados; Diana deseaba con todas sus fuerzas verle mover los dedos, jugueteando con una de las creaciones de Julian o con el cable de sus cascos.

—¿Se va a poner bien? —preguntó Kit medio susurrando. La habitación estaba empapelada de un alegre amarillo, y ambas camas estaban cubiertas con edredones de *patchwork*. Kit podría haberse sentado en la cama vacía, preparada para Livvy, pero no lo había hecho. Estaba acurrucado en un rincón del cuarto, con la espalda apoyada en la pared y las piernas dobladas. Miraba a Ty.

Diana le puso a Ty la mano en la frente; la tenía fría.

—Está bien, Kit —le contestó. Arropó mejor al muchacho; este se removió y murmuró algo mientras se volvía a destapar. Las ventanas estaban abiertas; habían pensado que el aire le iría bien a Ty, pero ahora Diana se apresuró a cerrarlas. A su madre siempre le había obsesionado la idea de pescar un resfriado, y al parecer uno nunca olvidaba lo que le decían los padres.

Al otro lado de la ventana podía ver la ciudad, recortada contra las primeras luces del alba y la luna creciente. Pensó en un jinete cabalgando por el vasto cielo. Se preguntó si Gwyn tendría conocimiento de lo ocurrido esa tarde, o si debería enviarle un mensaje. ¿Y qué haría o diría cuando lo recibiera? Ya una vez había acudido a su lado cuando Livvy, Ty y Kit se hallaban en peligro, pero entonces había sido Mark el que se lo había exigido. Diana aún no estaba segura de si lo había hecho porque les tenía cariño a los niños o si simplemente estaba pagando una deuda.

Por un momento se quedó pensando, con las manos en la cortina de la ventana. Lo cierto era que sabía muy poco de Gwyn. Como líder de la Cacería Salvaje, era casi más mítico que humano. Se preguntó cómo sentirían las emociones las personas tan poderosas y antiguas que ya se habían convertido en parte de las historias y los mitos. Dada la amplitud de su experiencia, ¿podría realmente importarle la mísera vida de cualquier humano?

Y sin embargo, la había abrazado y la había consolado en su antiguo dormitorio, después de que ella le explicara lo que solo sabían Catarina y sus padres, y sus padres ya estaban muertos. Gwyn había sido muy amable, ¿no?

«Déjalo.»

Volvió a la habitación, no era el momento de pensar en Gwyn, incluso si, de algún modo, esperaba que apareciera y volviera a consolarla. Pero no mientras Ty pudiera despertar en cualquier instante a un mundo de dolor nuevo y terrible. No mientras Kit se acurrucara contra la pared como si hubiera arribado a alguna playa solitaria después de un desastre en el mar.

Estaba a punto de ponerle la mano a Kit en el hombro cuando él alzó la mirada hacia ella. No tenía rastros de lágrimas en el rostro. Recordó que tampoco lo había visto llorar después de la muerte de su padre, cuando había abierto la puerta del Instituto por primera vez y se había dado cuenta de que era un cazador de sombras.

—A Ty le gustan las cosas que le resultan familiares —dijo Kit—. Cuando se despierte, no va a saber dónde está. Tenemos que asegurarnos de que su bolsa esté aquí, y también cualquier cosa que haya traído de Londres.

—Está allí. —Diana señaló debajo de la cama que debería haber sido la de Livvy, donde habían metido la bolsa de Ty.

Sin mirarla, Kit se puso en pie y fue hacia allí. Abrió el cierre de la bolsa y sacó un grueso libro con una encuadernación antigua. En silencio, lo colocó en la cama, al lado de la mano izquierda abierta de Ty. Diana captó de un vistazo el título grabado en pan de oro de la cubierta y se dio cuenta de que hasta su corazón adormecido podía saltar de dolor.

El regreso de Sherlock Holmes.

La luna había comenzado a alzarse, y las torres de los demonios de Alacante brillaban con su propia luz.

Habían pasado muchos años desde la última vez que Mark había estado en la ciudad. La Cacería Salvaje la había sobrevolado, y recordaba ver la tierra de Idris extendiéndose bajo él mientras los otros miembros de la Cacería aullaban y gritaban, divertidos de pasar sobre la tierra de los nefilim. Pero el corazón de Mark siempre se aceleraba al ver el hogar de los cazadores de sombras; la brillante moneda de plata del lago Lyn, el verde bosque de Brocelind, las señoriales casas de piedra del campo y el fulgor de Alacante sobre la colina. Y Kieran, a su lado, pensativo, contemplando a Mark mientras contemplaba Idris.

«Mi lugar. Mi gente. Mi hogar», pensaba siempre. Pero desde el suelo, la ciudad resultaba más prosaica, cargada del olor del agua del canal durante el verano; las calles iluminadas por la dura luz mágica. La casa del Inquisidor no quedaba lejos, pero caminaban lentamente. Pasaron varios minutos antes de que Helen hablara.

—Viste a nuestra tía en la Tierra de las Hadas —comentó—. Nene. Solo a Nene, ¿verdad?

—Estaba en la corte seelie —afirmó Mark, contento de que el silencio se hubiera roto—. ¿Cuántas hermanas tenía nuestra madre?

—Seis o siete, me parece —contestó Helen—. Nene es la única amable.

—Creía que no sabías dónde se hallaba Nene.

—Nunca me habló de su localización, pero se ha comunicado conmigo en más de una ocasión desde que me enviaron a la isla de Wrangel —explicó Helen—. Creo que, en su corazón, se compadecía de mí.

—Nos ayudó a escondernos y curó a Kieran —dijo Mark—. Me habló de nuestros nombres feéricos. —Miró alrededor. Habían llegado a la casa del Inquisidor, la más grande en ese lado de la calle, con balcones al canal—. Nunca pensé que volvería aquí. A Alacante, y menos como cazador de sombras.

Helen le apretó el hombro y juntos se acercaron a la puerta; ella llamó, y un preocupado Simon Lewis les abrió la puerta. Mark hacía años que no lo veía, y lo encontró mayor: tenía los hombros más

anchos, el cabello castaño más largo, y una barba incipiente en el mentón.

Obsequió a Helen con una sonrisa de medio lado.

—La última vez que tú y yo estuvimos aquí, yo estaba borracho y gritaba bajo la ventana de Isabelle. —Volteó hacia Mark—. Y la última vez que te vi a ti, estaba metido en una jaula en Feéra.

Mark lo recordó: Simon mirándolo a través de los barrotes de una jaula hecha por las hadas. Y él diciéndole: «No soy un hada. Soy Mark Blackthorn, del Instituto de Los Ángeles. No importa lo que digan o lo que me hagan. Sigo recordando quién soy».

—Sí —contestó Mark—. Me hablaste de mis hermanos y hermanas, del matrimonio de Helen. Me sentí agradecido. —Hizo una pequeña reverencia, por la costumbre, y se dio cuenta de que Helen lo miraba sorprendido.

—Ojalá hubiera podido contarte más —repuso Simon con voz más seria—. Lo siento muchísimo. Lo de Livvy. Aquí también la lloremos.

Simon abrió la puerta de par en par. Mark vio una lujosa entrada, con una gran lámpara de cristal colgando del techo; hacia la izquierda se hallaba la sala de la familia, donde Rafe, Max y Tavvy estaban sentados ante una chimenea vacía, jugando con un montoncito de muñecos. Isabelle y Alec ocupaban el sofá; ella le rodeaba el cuello con los brazos y sollozaba en silencio sobre su pecho. Gemidos graves y desesperados que despertaron en Mark un eco en lo más profundo del corazón, un acorde de pérdida.

—Por favor, díles a Isabelle y Alec que sentimos la muerte de su padre —dijo Helen—. No queremos molestar. Hemos venido aquí a buscar a Octavian.

En ese momento, Magnus apareció en el vestíbulo. Les hizo un gesto de asentimiento, fue hacia los chicos y tomó a Tavvy en brazos. Aunque Tavvy ya era mayor para tomarlo en brazos, pensó Mark, en muchos sentidos era muy niño para su edad, como si un pesar temprano lo hubiera hecho ser más infantil. Mientras Magnus se acercaba a ellos, Helen comenzó a levantar las manos, pero Tavvy tendió los brazos hacia Mark. Con cierta sorpresa, Mark recibió el peso de su hermano pequeño. Tavvy se removió, cansado pero alerta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Todos están llorando.

Magnus se pasó la mano por el cabello. Se le veía extremadamente cansado.

—No le hemos dicho nada —les dijo—. Pensamos que les correspondía hacerlo a ustedes.

Mark se alejó unos pasos de la puerta y Helen lo siguió. Se pararon en el cuadrado de la entrada iluminado por la luz de la calle. Mark dejó a Tavvy en el suelo. Así era como los seres mágicos daban las malas noticias: cara a cara.

—Livvy se ha ido —dijo.

Tavvy lo miró confuso.

—¿Se ha ido adónde?

—Ha pasado a las Tierras de las Sombras —contestó Mark. Le faltaban las palabras; la muerte en Feéra era algo muy diferente que entre los humanos.

Los ojos verde azul Blackthorn de Tavvy se abrieron mucho.

—Entonces, podemos rescatarla —replicó—. Podemos ir a buscarla, ¿verdad? Como fuimos a buscarte a Feéra. Como fuiste a buscar a Kieran.

Helen hizo un ruidito.

—Oh, Octavian —exclamó.

—Está muerta —repuso Mark, sin saber qué más hacer, y vio que Tavvy arrugaba la cara, negándose a oír sus palabras—. Las vidas mortales son cortas y... y frágiles ante la eternidad.

Los ojos de Tavvy se llenaron de lágrimas.

—Mark —dijo Helen; se arrodilló en el suelo y le tendió los brazos a Tavvy—. Murió como una valiente —explicó—. Estaba defendiendo a Julian y a Emma. Nuestra hermana... tenía mucho coraje.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas de Tavvy.

—¿Dónde está Julian? —preguntó—. ¿Adónde ha ido?

Helen dejó caer las manos.

—Está con Livvy en la Ciudad Silenciosa; volverá pronto. Vamos a casa, junto al canal...

—¿Casa? —replicó Tavvy con desprecio—. Aquí nada es casa.

Mark notó que Simon se había agachado a su lado.

—Dios, pobre chico —exclamó—. Mira, Mark...

—Octavian. —Era la voz de Magnus. Se hallaba en la puerta, mirando al muchacho lloroso. Se le veía el agotamiento en los ojos, pero también una gran compasión: la clase de compasión que daba haber vivido tantos años.

Parecía ir a decir algo más, pero Rafe y Max se habían acercado a él. En silencio, bajaron la escalera hasta la calle y fueron hacia Tavvy. Rafe era casi tan alto como él, aunque solo tenía cinco años. Abrazó a Tavvy, y Max también lo hizo; y Mark se quedó sorprendido al ver que Tavvy parecía relajarse un poco. Permitía que lo abrazaran y asintió cuando Max le dijo algo en voz baja.

Helen se puso en pie, y Mark se preguntó si su propio rostro tendría la misma expresión que el de ella, de pena y vergüenza. Vergüenza por no poder hacer nada más para consolar a su hermano pequeño, que casi no los conocía.

—No pasa nada —dijo Simon—. Lo intentaron.

—Pero no lo hemos logrado —repuso Mark.

—No pueden arreglar el dolor —afirmó Simon—. Un rabino me dijo eso cuando murió mi padre. Lo único que arregla el dolor es el tiempo y el amor de la gente que te quiere, y Tavvy tiene todo eso. —Le dio un breve apretón a Mark en el hombro—. Cuidate —continuó—. *Shelo ted'u od tza'ar*, Mark Blackthorn.

—¿Qué significa? —preguntó Mark.

—Es una bendición —contestó Simon—. Algo que también me enseñó el rabino: «Ojalá no encuentres más pesares en el futuro».

Mark inclinó la cabeza agradecido; las hadas conocían el valor de una bendición otorgada de forma voluntaria. Pero siguió sintiendo un peso en el pecho. No podía imaginarse que las penas de su familia fueran a acabar pronto.